

Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

00. Prólogo	09. Buscando trabajo
01. La saltadora	10. En el edificio torcido
02. Bella y la bestia	11. Llegar a la Puerta Azul
03. La historia del chico griego en la playa	12. Diario de una activista estresada
04. He hecho croquetas	13. Carta desde la zona de conflicto
05. Escribo en un cartón	14. Era amor
06. Gata	15. Dos sueños de cuando la saltadora cayó en un pozo
07. Dinero	16. De cuando la saltadora perdió las malditas partículas
08. El misterio de Chihuahua	17. Regenerando la identidad perdida (Ilustración)

11. Llegar a la Puerta Azul

I

Bajo mis pies, y a pesar de las fuertes botas, noto lo blando del barro e imagino, con todo el cuerpo, lo frío y lo negro que está. Frente a mí, a unos pasos, arde un fuego, y una mujer con el pelo muy corto y una boina de pana, tiritita. Está de mal humor. Ante mi presencia no muestra ninguna sorpresa, ningún interés. Hago un gesto con la cabeza. Cae la noche y tanto el fuego como ella parecen humo.

De pronto me siento sola. Lloraré de frío cuando el frío entre en mi ropa y se extienda. Se extenderá, rotundo, y cada vez más sólidamente, y llorando, mañana, aterida, agotada por toda una noche de resistir el frío, pétrea, volveré sobre mis pasos inciertos y le daré fin a este viaje.

Miro por encima de mi hombro: la mujer señala una furgoneta. He venido sin saco de dormir y lo sabe. Supongo que nota que la mochila está medio vacía. Me sorprende, un poco sólo, saber que me está indicando dónde hay sacos y mantas. Giro sobre el barro, que sigue blando, frío y negro, y entro en el camino asfaltado. Las manos, como témpanos, me duelen al tirar del gélido metal de la puerta corredera. El vehículo reverbera vapor de hielo, lo que no mitiga el olor. Lo reconozco: intenso, seco, ácido. Olor a ropa usada.

Olor a aquel viejo que, años atrás, en una ciudad, cuando yo subía la cuesta llorando por no poder dejar de pasar frío, me señaló la frente para decirme que el frío se controlaba con la cabeza. Tenía razón, aunque hay gente que muere de frío, porque siempre, en todas las situaciones, hay límites y grados.

Como una vagabunda, he tomado posesión de un saco, aislantes, mantas. No sé bien qué hacer, hacia dónde dirigirme, pero confío en que la mujer me dará una pista más. Por lo pronto, ya está resuelta la primera parte del problema. No tendré que enfrentarme a una lucha larga y desvalida por no morir congelada, así que respiro hondo, en la oscuridad glacial de diciembre, donde no son ni las cuatro de la tarde.

Me inunda una intensa emoción de consciencia: estoy *aquí*, en el campamento pacifista de Greenham, entre el bosque y una base aérea construida ilegalmente en tierra comunal. Estoy en una microsociedad que hace vida en el corazón de la Guerra Fría; en un lugar, que nació de la lucha contra la paranoica escalada de una carrera armamentista, sorda a las necesidades de la especie, capaz de derrochar los recursos que generamos en multiplicar hasta la náusea la posibi-



lidad de destruir el mundo... Estoy aquí y puedo quedarme al menos esta noche porque si todo fuera mal podría refugiarme en esta furgoneta.

No sin esfuerzo, consigo cerrar la puerta. El metal helado resuena en la niebla.

La lluvia empieza a ser leve y muy fría. Sobre mis botas fuertes, intento proteger mi precioso tesoro. Miro hacia el fuego buscando a la mujer, que se ha levantado y tira de un palo largo de madera que va unido a un plástico. La operación se complica porque aunque el fuego es pequeño, se encuentra rodeado de sillas y butacones. Consigue clavarlo en el barro después de sortear las dificultades y aprovecho para meterme debajo. Con un cigarrillo de liar entre los labios, mientras termina de apuntalar los postes, con los ojos medio cerrados por el viento que acaba de empezar a soplar, me señala una construcción baja que hay detrás de mí, delante de una vieja verja de hierro. Es una especie de tienda de campaña, construida con un gigantesco rectángulo de plástico azul celeste. Me acerco con todas las cosas. Aparto como puedo una esquina suelta para entrar. El material es duro y está muy frío. Me agacho. Entro lentamente, con cuidado, para evitar que se embarre todo...

Me tiro hacia dentro soltando mi carga y dejando los pies fuera. No es una postura fácil. Saco un mechero. Me asomo para buscar un palito o una piedra con que raspar el barro de las botas. Ilumino el interior. Escucho. Miro. Huelo. Empujo un poco el resto de los sacos y mantas, para hacerme hueco. Coloco primero un aislante, luego una manta, así hasta tres de cada; a continuación, coloco el saco; encima las restantes mantas. Son grises, finas, mantas que usan los soldados en las guerras. ¿Serán de la base? *Tres mantas finas dan más calor que una gruesa*. Listo. Encajo mi mochila en la cabecera, que es la parte más alta del interior. La abro para sacar algo, no recuerdo qué porque estoy inundada por el olor. Huele muy intensamente a leña de la hoguera, que me encanta, y también a barro y a árboles húmedos, lo que me da un poco de miedo, por el frío. Huele un poco a ropa húmeda, al olor de sus propietarias. Miro sobre mi cabeza y veo que han pinchado el plástico en las puntas de flecha de la verja. Habrá otro plástico por encima allí fuera; si no, se colarían gotas de agua por los agujeros. El plástico crea un espacio de triángulo rectángulo con la tierra. Es muy grueso, me impresiona. Plástico industrial... Hay cinco sacos de dormir. Me gustaría meterme en el mío ya, estoy tiritando, pero es demasiado pronto, no son las tres de la tarde, así que salgo de la tienda para acercarme al fuego.

La mujer está sentada ahora junto a un recipiente cilíndrico de latón, del tamaño de un cubo de basura doméstico. Saca rebanadas de pan que lanza a una rejilla que ha apoyado, descuidadamente, sobre el fuego. Miro las sillas. Las gotitas de agua brillan. No tengo pañuelos para secarlas. Uso la manga de mi anorak y me siento junto a ella, sin decir palabra. Por suerte, la rejilla se desequilibra y reacciona a tiempo: evito que el pan se pierda en el fuego.

No le tengo mucho miedo al fuego, en principio. Quema, cierto, pero da calor y transforma los alimentos en un olor que arropa, que mece en la sensación de una vida buena, fuera de todo peligro. El fuego además cruje. Y está lleno de color en movimiento, azul cobalto, naranja intenso, ráfagas de blanco y amarillo, vahos

rojos, vapores violeta... Genera formas en continuo movimiento que narran historias sin palabras, desde la prehistoria.

El olor a pan tostado me llena de tal alegría que, sin ser muy consciente de lo que hago, le quito de las manos la tarrina a la mujer, y la cuchara, para echarle lo que sea que contenga cuanto antes al pan. Es margarina de soja. Mi actuación brusca no parece haber afectado en absoluto a la mujer, que toma una de las rebanadas ya listas y se acomoda en su asiento. Comemos en silencio, yo disfrutándolo mucho, a pesar de que las rebanadas se enfrían enseguida; ella, no sé.

Me gustan los silencios de la gente añosa que parece estar de muy mal humor. No son como los de quienes construyen su identidad a costa de otras personas, un negativo; esos silencios de la ignorancia que se rodean siempre de mucho ruido para disimular una triste insistencia en vivir con cobardía, encubriendo lo fundamental. Una vieja gruñona, imagino, está en silencio porque ha entendido cosas importantes y sabe que de poco sirve comunicarlas. Son silencios que no pretenden adoctrinar, sino básicamente, dejar y que te dejen en paz. Van precedidos o seguidos de sapos y culebras. Dado el mundo, ¿qué otra cosa es posible? Silencio, sapos y culebras. La lluvia fina suena levemente sobre el plástico que nos protege. Me asalta la consciencia de nuevo, respiro hondo: estoy comiendo pan junto a un fuego abierto, en la compañía de una mujer desconocida que crea silencios, de esos que vienen precedidos o seguidos de sapos y culebras. Pura naturaleza.

II

No quiero salir de este tibio nido. Hay un saco vacío junto al mío y parece que en los otros hay gente aún. No sé qué hora es. He dormido de un tirón, profundamente, algo extraño en mí. Siento una alegría intensa: significa que no he pasado frío a pesar de haber estado durmiendo a la intemperie, casi. (Si me vieras...) Salto fuera del saco y me pongo las botas. Estoy vestida, no me quité nada anoche, tenía miedo al frío.

El día está gris plata; el aire, muy húmedo. Una mujer que no es la de ayer está recogida sobre sí misma, a cierta distancia del fuego. Parece un bicho bola. Quiero lavarme la cara, y me acuerdo de que no he cogido el trapo, el cepillo de dientes, la pasta. Aparece otra mujer a lo lejos, viene por la carretera, empujando un carrito de supermercado que contiene un bidón de plástico blanco. Entro en la tienda a buscar mis cosas y al poco estoy de nuevo fuera. Me acerco al fuego dejando claro que lo hago tímidamente. El bicho bola, después de mirarme de soslayo, me ignora. Saco el corazón y la coraza y tomo asiento. Esto también parece sentarle mal. Se me ocurre de pronto que piensa que espero que me sirva el desayuno, lo que me ha hecho reír en alto. Ahora a la idea de que yo podría ser una persona dependiente, se suma la alarmante duda de si estaré desequilibrada. Me cuesta contener la risa. Lo sabe ella y lo sé yo: en los sitios donde la gente intenta construir un mundo mejor (donde, por cierto, no hay comités de bienvenida), no se le dice nunca a nadie que se marche, lo que tiene el efecto de que se pueblan con todo tipo de personas. Aquí no se expulsa a nadie, con toda seguridad.

La mujer que venía por la carretera acaba de entrar en el breve camino asfaltado que tenemos enfrente, el que lleva a la entrada de la base y donde se

encuentra aparcada la furgoneta. En lugar de álamos, bordean ese camino unos bloques de cemento que, por lo que veo, se usan para grafitear y para apoyar cosas

o alejarlas del barro. Está soltando el pesado bidón sobre uno de ellos, el que tiene un barreño y un montón de cacharros desordenados en torno a otros algo ordenados. En la pared del bloque leo: *Queen Victoria was a dyke*. (La reina Victoria era tortillera.) Mira hacia al fuego y me saluda con una sonrisa. Tiene el pelo rojo cobre brillante. Saco la mano del bolsillo para responder de inmediato, pero no he soltado el cepillo de dientes, y no es de viaje. Ella se ríe y me señala otro mojón de cemento, con un pequeño barreño, como diciendo «Ahí puedes lavarte», y empieza a enjabonar una taza. En ese bloque dice: *Will you marry me?* (¿Te quieres casar conmigo?)

En lugar de ir para allá, a lavarme (con las ganas que tenía), me dirijo hacia mi derecha, hacia la base, que está unos pasos más adelante. Enseguida opto por no acortar por el barro. Está muy resbaladizo. Trazando una L, salgo al camino asfaltado. Paso la furgoneta de la que saqué las mantas y ya estoy aquí, en la entrada de la base, tocando la Puerta Azul. Hay dos planchas que parecen no haber sido abiertas en mucho tiempo. La pintura azul está sólo por nuestro lado, por fuera. Lo que no es la puerta, es vallado de rombos verdes. La puerta tiene hilos de lana colgando de los rectángulos de metal, restos, sin duda, de una tela de araña feminista. Las feministas tejemos sin parar pura vida buena, pero nos temen. La garita del interior parece abandonada. Toda la parte de la base a mi derecha linda con el bosque; la izquierda, con la carretera. No veo a nadie dentro del recinto. La niebla, no obstante, no deja ver muy lejos.

Oigo unas voces a mi espalda. Dos mujeres ríen y gritan algo desde el interior de la tienda y veo que la mujer que estaba fregando se ríe también y que me hace señas. Vuelvo al camino de cemento y desde aquí paso otra vez al barro y me acerco al fuego. Me da una taza y una cuchara.

—Hola, soy Emma. Por si quieres una bebida caliente. —Sí, gracias.

La otra mujer me mira como quien confirma algo y se acomoda en un sofá mugriento y húmedo a tomarse su brebaje. Como nadie me pregunta nada, me presento:

—Me llamo michelle. Llegué ayer, de Londres. Ayudo a montar campañas y publicaciones en una red internacional pacifista, la IRG —digo intentando resumir para no molestar mucho. —Qué bien. Tenemos que sacar el boletín: hay información fresca de la base. Miro a mi alrededor: con este barro y esta humedad se me hace difícil imaginar que el papel no esté blando y húmedo... Cómo lo escribirán... —Me encantará ayudar.

Emma se echa agua hirviendo de una magnífica tetera de hierro, la tetera más impresionante que haya visto yo jamás: grande, muy grande, negra carbón, negrísima, con varias abolladuras. Reacciono finalmente, la imito, pero no tengo nada en mi taza, así que miro a mi alrededor. Sólo veo bolsitas de té. No es momento de preguntar por el café, así que cojo una; tengo la sensación de estar jugando a la comba: si pierdes el momento, pierdes la oportunidad, y yo necesito desayunar algo ahora.

—¿Azúcar? —Sí, gracias —no me echo siete cucharadas soperas u ocho, como Jim, el violinista que viene a Londres a ayudarnos con los envíos del boletín y

se queda a dormir en el suelo de la cocina de nuestro amado edificio torcido, pero sí que me echo tres pequeñas en lugar de media.

Empieza a chispear; todas miramos hacia el cielo sin alegría. Emma mete la mano en una bolsa y saca un tarro de algo marrón oscuro, muy espeso, que empieza a untar en una rebanada mohosa de pan. Imagino que de alguna manera me ha preguntado si voy a quedarme.

—Tenía miedo al frío, pero creo que podré quedarme unos días —digo, calculando un poco. Emma no dice nada, escucha y sonrío. Parece que está pendiente de las voces de la tienda. El chispeo cesa. —¿Cuántas mujeres estáis aquí?

La mujer hace como que no me ha oído, y Emma, tras esperar un poco, contesta, afable «Vamos y venimos».

—Perdona, no comprendo —estamos hablando en inglés, y pienso que quizá no he comprendido bien. —No sé...

La otra mujer se impacienta pero no sé por qué. Emma la mira de reojo y parece aplicarse más en su respuesta:

—Hay quien viene de visita, unas horas... Otras pasan aquí el día, duermen en casa —muerde el pan untado y retoma el tema, con aburrimiento—. Hay mujeres que vienen cuando tiene varios días libres... —intenta no perder el hilo—. Otras veces podemos vivir aquí épocas más largas... —calla un rato—. Es difícil decir un número —concluye.

—Ah —comento, con torpeza y un poco abrumada (no me gusta que la gente haga lo que no quiere hacer y menos por mi causa).

Las mujeres que jugaban en la tienda acaban de salir. La primera parece muy joven. Tiene la piel como de porcelana y es grande, redonda y más bien alta. Sonríe sin mirar a nadie, desde unos ojos de un azul bastante transparente y, con la parte superior del cuerpo más adelantada que el resto, se lanza sobre lo que llama *the breadbin*, la panera, e intenta quitarle a Emma su taza. Mientras pelean y ríen, una mujer más pequeña (aunque no pequeña), con una gorra azul marino, se acerca al fregadero, distraída porque las está mirando, y ríe. Finalmente, empieza a lavarse una taza, mientras les grita cosas con acento francés, y suena como si sus palabras fueran ardillas.

Hablo inglés desde la infancia, pero no entiendo mucho de lo que dicen. No es el idioma en sí, aunque cada una tiene un acento diferente y necesito tiempo para acostumbrarme. Me cuesta entenderlas porque todo es muy distinto. De todos modos, si estoy aquí es porque me han dicho que me encantaría este lugar.

—¿Conoces Greenham Common? —me pregunta Hoowee un día en la cocina que corona el edificio estrecho, repleto y torcido de la Internacional de Resistentes a la Guerra.

—No. ¿Qué es? —Un campamento de mujeres. Te encantará. Tienes que ir. —
¿Por qué sólo mujeres?

—Mejor vas y lo ves.

—Qué parco, qué misterioso... —le digo, riéndome, porque a Howard le pasa lo que a mí, que siempre tiene un montón de palabras para contar un montón de cosas.

—Te encantará.

En general, confío en la gente. En particular, confío en esta gente con quienes estoy aprendiendo muchas cosas sobre cómo trabajar bien, sin apenas recursos, en

una red internacional de personas y grupos autónomos. Chris, Vron y Martyn también creen que Greenham me encantará.

Así pues, aquí estoy, prestando toda la atención de la que soy capaz para ubicarme cuanto antes, para encontrar un sitio.

—¿Dónde fuisteis ayer? —dice la mujer enfadada, alto y fuerte.

—Lo sentimos mucho, Dido —responde Emma, claramente compungida—. He traído agua... —añade, a modo de disculpa.

A mí me aterran las discusiones, así que intervengo con un «¿De dónde?». Todas me miran, un poco sorprendidas. Es una clave de la Acción Directa Noviolenta, sorprender. (Aunque, para bien y para mal, yo lo aprendí más en propia vida.) Sonrío, por dentro.

—¿Perdona?

—¿De dónde has traído el agua?

—Ah, del cementerio —Emma señala la dirección que habría que tomar desde la carretera para llegar allí.

Dido se levanta y se dirige resuelta hacia la panera, de donde extrae algo:

—Mirad esta bolsa. ¿Es que no sabéis abrir una bolsa como personas? —sostiene el paquete en el aire, señalando el boquete rasgado en medio—. ¡Es como si lo hubierais abierto con los dientes!

Todas se ríen, incluida yo. Dido no me mira inmediatamente, empieza a hablar sin hacerlo, pero su voz suena menos fría:

—El cementerio está a quince minutos por esa carretera, detrás de la parroquia. Hay un caño y nos lo dejan usar.

Tenemos dos bidones. El otro está en Brown Van —señala la furgoneta de donde anoche saqué las mantas—. Como has visto, para el traslado usamos ese carrito, que nos llevamos del hipermercado que hay... —dice el nombre de lo que deduzco será algún pueblo.

Miro hacia la carretera con interés y reprimo un «Ah, gracias» que podría sonar ñoño ante a una explicación tan eficaz.

Emma se dirige al fregadero y empieza a lavar los cacharros como quien los va a lavar todos. Parece sentirse mal por los hechos del día anterior. Las otras dos mujeres se están burlando de ella con gestos, para no llamar la atención de Dido, aunque no parecen sentir ningún miedo. Dido se sienta en una silla esta vez. Ippy, con sus ojos claros, hace que silba y mira al cielo. Nathalié se ríe y enseguida hace que se pone seria.

—Se supone que esto es un campamento permanente, y que siempre debe haber al menos dos mujeres. Me dejasteis sola ayer.

—Oh, *non non non*, discúlpanos, Dido. Fue un error, entendimos mal —dice Nathalié.

—La próxima vez, tendremos más cuidado —le dice Ippy a Dido. Y levantándose de un brinco, pescando un palito de un barro más bien seco, con cara de niña muy mala, se lo tira a Dido y le dice: *Would you like to go on an adventure?*

«¿Te apetece salir a explorar?» es lo que yo entiendo. Nathalié grita un «sí» entusiasta y empieza a dar saltitos en torno al fuego. Todas se apiñan y empiezan a cuchichear. Yo me estoy poniendo nerviosa de emoción, pero miro para otro lado por si estuvieran hablando de cosas personales. Me distraigo pensando en la garita

vacía. No tengo costumbre de ser cauta. Empiezo a cansarme, más bien, a impacientarme. Me muero por entrar... Tranquilidad... Pensaré en el *bender*. Así han llamado a la especie de tienda. ¿Vendrá de «doblar» porque es un gran pliegue de plástico doblado? ¿O de *bent*?, el adjetivo que se usaba contra la gente homosexual antes, parecido a «desviada». Si viniera de aquí, sería entonces algo así como 'la máquina de hacer lesbianas'...

—¿Te vienes en busca de aventuras? —escucho a mi espalda.

No lo dudo ni una milésima de segundo.

Y deseo fuerte que no se estén refiriendo a nada sexual... Entraríamos en calor, sin duda, pero ahora tengo otras prioridades.

Echan a andar, el *bender* queda atrás. Respiro aliviada. ¡Nos dirigimos a la base!

III

Parecemos astronautas, por los abrigos. Estamos caminando a lo largo del perímetro del recinto, por el lado del bosque, en fila india. Primero van Emma y Nathalié. Se han distanciando lo suficiente como para que ya no las veamos. Yo voy detrás de Ippy, intentando marchar a su mismo paso sin caerme o resbalarme, pero a menudo pierdo el equilibrio. Es evidente que Ippy sabe bien dónde pisa, así que tomo nota: tengo que ir aprendiendo a reconocer el terreno. Dido venía detrás, pero se ha desviado y gritado algo.

No sé a dónde vamos, ni qué vamos a hacer. No concibo que vayamos a entrar en la base, porque supongo que para eso tendríamos que planear la acción. Entrar en una zona no autorizada en inglés se llama *trespassing*. Sé que en los años ochenta entraban cientos de mujeres todos los días. ¿Cómo será ahora? Me palpita el corazón muy fuerte. Lo cierto es que no puedo descartarlo, ¡que vayamos a entrar!

Tengo la cara helada y echo vapor blanco denso. Hace calor dentro de mi maravilloso anorak morado. Mi querido rectángulo ligero perfecto que se dobla muy bien y sirve para todo tipo de funciones. Pienso en mis botas. No tengo frío en los pies. El agua no las ha calado aún, a pesar de toda la humedad que están soportando.

—Ippy, ¿cuántos años tienes?

—Eso es irrelevante.

Cierto, irrelevante. No debo desperdiciar preguntas de esta manera tan tonta.

Me gustaría mirar hacia el bosque, pero sólo puedo mirar dónde pongo el pie. En cuanto pueda, intentaré dar la vuelta a la base para explotarlo todo. Sé que tiene un perímetro de nueve millas, catorce kilómetros y medio, y que eso, a menudo andando en estas malas condiciones, y sin contar que pueda ser muy difícil avanzar en algún tramo ahora que es invierno, serán unas tres horas... Trein-

ta mil mujeres abrazaron una vez la base en lo que fue una de las acciones más multitudinarias.

Nos detenemos. Emma y Nathalié están agachadas frente a la valla desenrollando unos alambritos para soltar un remiendo hecho sobre un corte limpio

de la valla. Presto atención, empiezo a identificar dónde hay remiendos. Es asombroso, hay muchos...

Dido no aparece y vamos a entrar ya.

No puedo creerlo. Sin armas, sin herramientas, sin un plan, pero con una década de experiencia nutriendo nuestros actos, acabamos de entrar en la primera base de Europa occidental que construyó silos para alojar los nuevos misiles de crucero. Una suerte de aviones sin piloto, cargados con cabezas nucleares, capaces de volar muy bajo a velocidad subsónica sin ser detectados. Es la misma base sobre cuyos silos, lugares de máxima seguridad militar, bailaron cientos de mujeres en corro una noche de luna llena...

Tantos recursos derrochados en un concepto de seguridad tan primitivo. Cuesta creer que después de siglos de evolución, matar destruyéndonos sea lo más inteligente que hayamos concebido para resolver nuestros conflictos.

Estamos dentro. Esta parte de la base es bosque, como la zona por donde veníamos. Dejamos la valla atrás. Llegamos a una zona abierta. Veo dos pequeños montículos con un ventanuco. Los llaman *foxholes* y son trincheras para uno o dos soldados. Es donde entrenan para la guerra. El plan es meternos en un par de *foxholes*, a fumar un cigarrillo y pensar qué hacemos, pero acaba de aparecer Dido, muy excitada, y está proponiendo algo. La idea contagia emoción y nos apresuramos en otra dirección. Se ven edificios a lo lejos. Nos acercamos a una especie de panel con puerta de metal, lo abrimos y tiramos de todos los interruptores para abajo. Entiendo que el panel está siempre cerrado, pero que hoy Dido se lo ha encontrado abierto. La base ha quedado a oscuras, al menos un sector clave. Nos alejamos sin correr. No llega nadie. Estamos saliendo por otro boquete de la valla. No estaba remendado. No lo cerramos.

¡De nuevo en el bosque! Libres. Nos alejamos del perímetro. Las mujeres ríen, y hablan atropelladamente del episodio. A mí se me sale el corazón del pecho. Emma me comenta: «Preferíamos que no nos detuvieran ahora porque eres nueva y podrían entonces querer llevarte a Newbury, y hoy viene Mommy Jean con la cena...»

Miro a Dido por si ha oído la explicación, pues pienso que sentirá ganas de mejorarla. Dido está saboreando la acción, feliz, y no voy a sacarla del trance. Yo también estoy llena de energía. Ha sido impresionante, todo. Me hubiera gustado quedarme para saber qué pasó. Pero salir de la base tras una acción así, salir sin ser detenidas (y yo, deportada, por ser extranjera), ha sido toda una experiencia. Tengo miles de preguntas en la cabeza. Ya me iré enterando. En la oficina de Londres tenían razón, esto me gusta, éste es un buen sitio para mí. Me quedo más días, ¡seguro!; además, hoy trae la cena Mommy Jean.

En Londres como poco. No cocino y evito el dinero todo lo posible. Me plantea problemas políticos y morales. Por esto, mientras aguante, soy voluntaria en proyectos independientes de lucha social. No opto a los puestos remunerados. Prefiero trabajar

Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

a cambio de alojamiento y comida. La organización me da una paga semanal para el transporte, que me gasto en tabaco porque voy andando a la oficina. Cuentan con que tú traes algún ahorro para cubrir los fines de semana y las cenas. Por eso ocurre que trabajo mucho y como poco. Cosas frías, salvo el café. Es el estilo de vida que más felicidad y menos problemas morales me plantea. Soy libre, sin estar expuesta, y

dedico mi tiempo a cuestiones que me gustan y me importan; trabajo, además, en la buena compañía de personas con un compromiso con la sociedad, que han reflexionado sobre la violencia, y sobre cómo evitarla, transformarla y neutralizarla. Que saben que el egoísmo del Yo o de Los Míos encuentra su fin allí donde empiezan los derechos de todas las personas. Esto me gusta mucho.

Vuelvo a la realidad —cómo puede ser que vuele así el pensamiento— y me doy cuenta de que estoy sonriendo, mirando al frente sin ver. Las mujeres me están mirando con curiosidad. Me pongo roja.

—¿Cuánto falta para la cena? —rompen a reír como si fueran una cascada repentina. Al apretar los puños en el fondo de mi abrigo, noto que aún llevo el cepillo de dientes, la pasta y el trapo. Saco el cepillo y me lo pongo de bigote. Se renuevan las risas y Nathalié sale corriendo, seguro que a hacer pis.

Embargada por el olor a leña y a sudor de la emoción intensa de una Acción Directa Noviolenta en una base aérea militar, contemplo, en pleno bosque, cómo suben, como señales de humo entre los árboles, nuestras risas y nuestras voces, mientras empieza a bajar, desde muy alto, la noche.



Compañía para Llegar a la Puerta Azul. Sobre este relato: Para versión web con fotos asociadas a este relato y más información sobre Blue Gate ir a <http://www.mujerpalabra.net/activismo/greehamcommon/greenham.htm>